

# Benítez, Ortega y la fundación de la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico

Presentación de Jorge Rodríguez Beruff

ORCID: 0000-0002-9682-4068

Jaime Benítez Rexach le rindió tributo intelectual y personal a José Ortega y Gasset en una alocución que pronunció bajo el título “El Ortega que conocí”, el 19 de enero de 1984 en el Ateneo de Ponce, en ocasión del centenario del filósofo español. Es un texto emotivo que expresa sentimientos de afecto, admiración y agradecimiento. Cita las memorias de Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos*, para, por voz de ese destacado intelectual español, describir su relación con Ortega: “La devoción de Jaime Benítez por Ortega no era, como la Oración Telefónica del Amanecer, ninguna broma. Jaime había leído todas las obras de nuestro filósofo, y mucho de cuanto, por incitación suya, se había publicado, traducido, en España”. La afectuosa dedicatoria en 1949 de su maestro de una fotografía suya sirve también el propósito de calificar en forma sintética sus vínculos con el filósofo<sup>1</sup>.

Para 1984, Jaime Benítez llevaba más de una década alejado de los altos cargos que había ocupado en la Universidad de Puerto Rico, Rector y Presidente, desde principios de la década del cuarenta. Había incursionado en la política, ocupando la posición de Comisionado Residente en Washington de 1972 a 1976, y era en ese momento Profesor Distinguido de la Universidad Interamericana. Ya antes, en más de una ocasión, había reconocido la deuda intelectual que tenía con Ortega y la importancia que habían jugado sus ideas sobre

<sup>1</sup> Jaime BENÍTEZ, “El Ortega que conocí”, en *Discursos*. San Juan: Universidad Interamericana, 2002, p. 99.

#### Cómo citar este artículo:

Rodríguez Beruff, J. (2010). Benítez, Ortega y la fundación de la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico. *Revista de Estudios Orteguianos*, (21), 171-185. <https://doi.org/10.63487/reo.501>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 21. 2010  
noviembre-abril

la educación universitaria en la reforma de 1943 que había impulsado en la Universidad de Puerto Rico.

En un discurso de 1955 decía lo siguiente:

Hace trece años me correspondió participar en una reforma universitaria. Quiero pensar que lo mejor de mi aportación refleja en buena parte el espíritu y la perspectiva intelectual de aquel gran maestro, José Ortega y Gasset. No es extraño que al hablarse de nuestra reforma se la asocie en Estados Unidos con la de Robert Hutchins en Chicago. Hutchins, a su vez, ha reconocido en varias ocasiones su deuda con Ortega<sup>2</sup>.

Es interesante tomar nota de la jerarquía que establece en esta cita entre Ortega y Robert Hutchins, otra de las fuentes intelectuales de Benítez sobre educación superior. El tema de la aportación de Ortega a la reforma universitaria se reitera con gran énfasis en el texto de 1984:

Su nombre está imborrablemente unido a la reforma académica iniciada en el recinto de Río Piedras, en los años que Ethel Ríos se empeña en designar como: la Edad de Oro de la Universidad. En todo caso, buena parte de ese oro proviene de la rica mina orteguiana.

Benítez destaca en general la aportación filosófica de Ortega, pero es su pensamiento sobre la educación superior en libros como *La rebelión de las masas* y *Misión de la universidad*, ambos de 1930, lo que tiene para él la mayor relevancia. Los planteamientos orteguianos sobre la necesidad de una reforma de la universidad europea, que el filósofo desarrolla en esas obras (así como en otros escritos posteriores), calaron profundamente en el joven profesor Benítez y se convirtieron en piezas claves de su proyecto de reforma de la Universidad de Puerto Rico.

Según Benítez, Ortega insistió en la necesidad de que “el hombre medio entienda la época y el sitio donde va a actuar antes de convertirse en profesional o en investigador”. De las tres funciones de la universidad (educar al hombre medio, formar profesionales y promover la investigación), la tarea primaria de la educación universitaria era convertir al “hombre medio” en un “hombre culto”. Para Ortega, como propone en *Misión de la universidad*, esa tarea le correspondería primordialmente a una Facultad de Cultura.

<sup>2</sup> Jaime BENÍTEZ, “La importancia del idioma, Recuerdo de Ortega” en *Junto a la Torre, Jornadas de un Programa Universitario (1942-1962)*. San Juan: Editorial Universitaria, 1962, p. 140.

La necesidad de crear vigorosas síntesis y sistematizaciones del saber para enseñarlas en la “Facultad” de Cultura, irá fomentando un género de talento científico que hasta ahora sólo se ha producido por azar: el talento integrado [...] aquí el hombre se especializa precisamente en la construcción de una totalidad<sup>3</sup>.

En “El Ortega que conocí”, Benítez relata que descubrió la obra de Ortega en 1931 luego de regresar a Puerto Rico tras varios años de estudios en la Universidad de Georgetown. El encuentro con la obra del filósofo lo explica como un reencuentro con el idioma español “tras seis años de desuso”.

Sin embargo, ese primer encuentro tiene un contexto más amplio. Se debe recordar que en los treinta se perfilaba una nueva generación de intelectuales universitarios puertorriqueños que buscaba renovar o restablecer vínculos culturales con España y América Latina como parte de un proyecto de reforma institucional. La creación del Departamento de Estudios Hispánicos fue la expresión más importante de este nuevo proyecto universitario. Las obras de Ortega, y sus planteamientos sobre la universidad, eran conocidas en la década de los treinta en los medios académicos puertorriqueños.

Por ejemplo, Antonio S. Pedreira reclama en 1934, en *Insularismo*, el ensayo puertorriqueño más importante de esa década, la necesidad de romper los linderos de la especialización, uno de los temas más destacados de Ortega sobre la universidad: “La especialización educativa reduce también el espacio espiritual en que se mueve el individuo [...] Hay que romper violentamente la cárcel de nuestra profesión y de nuestro oficio y soltar el espacio mental y afectivo para soltar el alma de su enriquecimiento”<sup>4</sup>.

La reforma universitaria dirigida por Benítez constituyó una transformación abarcadora de la Universidad de Puerto Rico. En realidad podría calificarse como una refundación institucional que redefinió sus bases legales, estructura organizativa y ambiente intelectual. De esos cambios, la creación de un Programa de Estudios Generales inspirado en el proyecto universitario orteguiano ocupó un lugar muy destacado en los cambios impulsados por Jaime Benítez desde la Rectoría.

La Facultad de Cultura propuesta por Ortega en 1930 encontró expresión en el proceso de fundación de la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico a partir de 1943, primero como División y luego, en 1945, como Facultad. En su discurso de instalación como Rector en ese año, el discípulo puertorriqueño de Ortega dijo:

<sup>3</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2005, IV, 348.

<sup>4</sup> Antonio S. PEDREIRA, *Insularismo*. San Juan: Editorial Edil, 1978, p. 82.

Para que se hagan cargo de ese rico patrimonio, para que el conocimiento constituya una experiencia vital, hay que estremecer estas juventudes con la amplia perspectiva de su desenvolvimiento en los grandes campos del saber humano. La vida universitaria ha de iniciarse con un programa en las grandes disciplinas del pensamiento: filosofía, ciencias biológicas, ciencias físico-químicas, estudios sociales, humanidades.

El currículo del Programa de Estudios Generales abarcaba, con algunos cambios, los campos del saber propuestos en *Misión de la universidad* y mencionados por Benítez en el texto de 1984. Incluyó Ciencias Físico-Químicas, Ciencias Biológicas y Ciencias Sociales. La Filosofía y la Historia se integraron en un curso de Humanidades sobre Cultura Occidental. El currículo lo completaba cursos de Inglés y Español, que no estaban incluidos en el esquema orteguiano, y que por mucho tiempo se consideraron “auxiliares” a los grandes campos del saber. Académicos españoles exilados, como Francisco Ayala y Sebastián González García, aportaron en la fase fundacional de la nueva Facultad.

En sus inicios, la Facultad de Estudios Generales contó con una facultad multidisciplinaria de 56 profesores, muchos de ellos adscritos a otras facultades, que se constituyeron en grupos docentes según sus campos de competencia. Muy pronto, bajo el Decanato de Ángel Quintero Alfaro, uno de los colaboradores más destacados de Benítez, los “grupos docentes” se transformaron en seis departamentos (Ciencias Físicas, Ciencias Biológicas, Humanidades, Ciencias Sociales, Inglés y Español) a los cuales se adscribieron las plazas docentes, creándose así un cuerpo docente estable y numeroso (por ser los cursos de Estudios Generales requisito para todos los estudiantes del Recinto de Río Piedras).

La Facultad de Estudios Generales enriqueció la experiencia académica de los estudios universitarios en Puerto Rico y le otorgó un grado mayor de coherencia al bachillerato universitario. Aunque fue la única organización de su tipo en el país, su oferta curricular inspiró los programas de otros recintos de la Universidad de Puerto Rico y aún de universidades privadas. Las repercusiones de su fundación se hicieron sentir en Centro América, como en Honduras y Costa Rica, así como en el Perú, donde se crearon Facultades de Estudios Generales. En Venezuela, un exilado español que había laborado en la Universidad de Puerto Rico, contribuyó a crear un Decanato de Estudios Generales en la Universidad Simón Bolívar. Recientemente le rendimos homenaje a Jaime Benítez Rexach, dándole su nombre a nuestro nuevo edificio. La Facultad de Estudios Generales tampoco olvida la aportación que hizo José Ortega y Gasset para inspirar su fundación, hace más de medio siglo, y trazar un derrotero académico e intelectual que mantiene su pertinencia a través de una constante renovación.

---

---

# JAIME BENÍTEZ

## *El Ortega que conocí \**

El título afectuosamente impuesto por el presidente del Ateneo de Ponce a esta charla con que se cierra el ciclo de cuatro conferencias sobre el gran maestro español, requiere una tarea de introspección autobiográfica. He decidido dividirla en tres etapas:

1. El Ortega que conocí íntimamente sin haberlo visto jamás y cuya filosofía ha afectado mi vida personal e intelectual desde 1931.

2. La persona inolvidable de don José Ortega, con quien tuve una muy grata relación humana, recogida en la dedicatoria del retrato suyo que adorna la sala de mi casa y que dice: “A Jaime Benítez, grande amigo, egregio discípulo, eficacísimo colaborador (Ortega, Nueva Cork, julio 1949).

3. El Ortega y Gasset mítico cuya leyenda planea sobre Puerto Rico, sobre su Universidad y sobre nuestro mundo intelectual.

Comienzo con el primero de mis tres Ortegas —el que preside sobre todos los demás— el escritor, el filósofo, el maestro.

### I

Trabé relación con José Ortega y Gasset en 1931 cuando, presuntamente por un año, me incorporé como instructor sustituto a la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Puerto Rico. Había vivido ininterrumpidamente

---

\* Palabras pronunciadas en el Ateneo de Ponce el 19 de enero de 1984, para cerrar el ciclo de conferencias con motivo del primer centenario de José Ortega y Gasset.

te en Washington por seis años entre estudiantes y profesores de habla inglesa, estudiando Ciencias Políticas y Derecho en la Universidad de Georgetown.

A mi regreso a Puerto Rico me sentí urgido antes que nada de recuperar el dominio de mi lengua tras seis años de desuso. Necesitaba desenvolverme con naturalidad en un mundo académico cuyo idioma técnico sólo conocía en inglés. Para una persona acostumbrada a expresarse con soltura sobre asuntos en controversia, miembro del equipo de debate y director asociado de la Revista de Derecho de Georgetown, con muchas cosas nuevas que decir y sin los recursos en español para hacerlo, aquella magia lingüística de Ortega, aquel amor suyo por la expresión precisa, ejerció sobre mí inmediata fascinación.

Para Ortega, al igual que para Aristóteles, el hombre es entre otras cosas el animal que habla. Este hablar, esa capacidad para identificar y para expresar cuanto sentimos y esa aptitud para comunicarlo, determina en gran medida nuestra creatividad o nuestro achacamiento. Recuerdo cómo en mi clase de Civilización Contemporánea, *La rebelión de las masas* se había convertido en lectura requerida, el planteamiento que hace Ortega en su "Prólogo para franceses" sobre la razón de ser de la decadencia del Imperio romano, nos estrechaba a todos:

Pero el síntoma y documento más terrible de esta forma a un tiempo homogénea y estúpida —y lo uno por lo otro— que adopta la vida de un cabo a otro del Imperio, está donde menos se podía esperar y donde todavía, que yo sepa, nadie la ha buscado: en el idioma. La lengua, que no nos sirve para decir suficientemente lo que cada uno quisiéramos decir, revela en cambio y grita, sin que lo queramos, la condición más arcana de la sociedad que la habla [...]. La sabrosa complejidad indoeuropea que conservaba el lenguaje de las clases superiores quedó suplantada por un habla plebeya, de mecanismo muy fácil pero, a la vez, o por lo mismo, pesadamente mecánico, como material; gramática balbuciente y perifrásica de ensayo y rodeo como la infantil. Es en efecto una lengua pueril y *gaga* que no permite la fina arista del razonamiento ni líricos tornasoles. Es una lengua sin luz ni temperatura, sin evidencia y sin calor de alma, una lengua triste, que avanza a tientas. Los vocablos parecen viejas monedas de cobre, mugrientas y sin rotundidad, como hartas de rodar por las tabernas mediterráneas. ¡Qué vidas evacuadas de sí mismas, desoladas, condenadas a eterna cotidianeidad se adivinan tras este seco artefacto lingüístico!

Ya antes en *Mirabeau o el político*, Ortega había subrayado el poder de la expresión hablada:

Pero llega, en el proceso, el momento en que se concede la palabra al acusado. Y da la casualidad de que el acusado es Mirabeau. Y da la casualidad de

que el acusado tiene una pequeña substancia mágica que nombramos con un vocablo tonto, pueril, propio para la terminología de los cuentos de niños; tiene [...] genio. Y hace un discurso judicial, una cosa que nunca había hecho. Y ese discurso es una creación perfecta, y jueces, testigos y público oyen lo que no habían oído nunca: la palabra nada, un poco de aire estremecido que, desde la madrugada confusa del Génesis, tiene poder de creación.

Independientemente de la importancia que la expresión tiene en Ortega y que resultaba tan pertinente en nuestro caso, nos atraía su insistencia en encontrar el último sentido de las cosas, su afán de amor intelectual, su empeño en entender cuanto nos rodea. Descubríamos además, la alta prioridad que otorga al hombre, su quehacer, su destino, su época y su medio.

Bajo el enfoque orteguiano resulta de rigor entender la decisiva diferencia entre los estudios sociales, llámense Historia, Economía o Ciencias Políticas y Ciencias de la Naturaleza, independientemente de donde se le sitúe en el esquema administrativo universitario. Para Ortega el verdadero punto de partido radica en el interrogante sobre lo que es, sobre lo que debe ser y sobre lo que cada uno alcanza a ser. Ortega considera esencialmente dramática la vida humana. Nuestro destino se hace, se configura, se rehace o se deshace en el entrelujo de nuestro Yo con el mundo exterior. En ese entrelujo a veces el Yo íntimo supera la circunstancia, a veces lo que le rodea puede más que él, en esa contienda naufraga o se salva nuestro mejor ser. De ahí esa definición que hace Ortega de sí mismo, “Yo soy yo y mi circunstancia”.

Ese yo a que Ortega se refiere no es un ser cuya conducta consiste de un conjunto de reflejos condicionados como ocurre con el perro de Pavlov. Mi Yo tiene ímpetus, arranques propios, fantasías, fuerzas mentales y emocionales, apetitos, rasgos en potencia de mayor o de menor formato que, por encima de todo lo demás, urge identificar y estimular.

Ortega subraya tanto al comienzo como al final de la obra, la diferencia clave entre el hombre y todo lo demás de la naturaleza, la piedra, la planta y el animal.

El hombre nos aparece hoy, por el contrario, como un ser que se escapó de la naturaleza, que discrepó del mineral, de la planta, de los demás animales y se empeñó en empresas imposibles naturalmente. El hombre es el glorioso animal de la animalidad, ésta es su tragedia, pero es también su dignidad. Mi tesis es antidarwinista sin ser ingenuamente creacionista. Inadaptado a la naturaleza no puede el hombre realizar, sin más, en ella su humanidad, como el mineral su “mineralidad” —el caballo su “caballidad”— El hombre, como de Hamlet decía Mallarmé, *es el seigneur latent qui ne deviene pas, el gran señor escondido que no logra llegar a ser.*

Para Ortega la vida del hombre es esencialmente un drama cuyo argumento consiste en la contienda que mantiene la persona consigo mismo y con su medio por llegar a ser o por dejar de llegar a ser, el potencial mejor que siempre, sin saberlo del todo, llevamos por dentro. Es un debate jamás del todo feliz entre el carácter, la circunstancia y el azar. Este drama, según Ortega nos recuerda, lo llamaban los romanos *curriculum vitae*. Significa literalmente la carrera vital que va desde el nacimiento hasta la muerte.

Dentro de esta importancia que Ortega atribuye al hombre como tal, es que habla de almas de gran y de pequeño formato, de rutas ascendentes y triviales, de minorías dirigentes y de mayorías dirigidas en toda sociedad: esta división que es esencial en su libro más conocido, *La rebelión de las masas*, Ortega la proclama como una realidad psicológica presente en todo grupo humano; por ejemplo en un salón de clase, en un sindicato obrero o en una reunión de accionistas de libre empresa.

La compulsión etimológica de Ortega le lleva a emplear palabras prohibidas en el vocabulario de la democracia tales como, interpretación radicalmente aristocrática de la historia, e invocar el sentido original de las palabras para redefinir su alcance. Ortega no sólo ha invitado revisiones y polémicas. También ha facilitado una injusta y superficial clasificación suya como conservador, reaccionario, anti-democrático. Fue por el contrario uno de los grandes exploradores del porvenir. Así se ha reconocido con el andar del tiempo. Hace unos meses al inaugurarse en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos la celebración de su primer centenario, el filósofo y pensador norteamericano Mortimer Adler caracterizó a Ortega y Gasset como el educador del siglo XX. A mí me correspondió responderle y, desde luego, no hubo discrepancia. Adler subrayó principalmente la insistencia orteguiana en que el hombre medio entienda la época y el sitio donde va a actuar antes de convertirse en profesional o en investigador.

Ortega se describe a sí mismo como nada moderno y muy siglo XX. Objeta al optimismo fácil de lo que los franceses llamaron “la bella época”, la visión feliz del devenir histórico asociado con las ciencias del siglo XIX, el ilusionismo del progreso garantizado. Rechazaba igualmente la ética de la adaptación o la de la violencia. Ya para el 1926 había escrito penetrantemente contra el fascismo, así como contra la teoría de la decadencia de Occidente y contra las simplificaciones del marxismo.

Una y otra vez señaló que los tiempos presentes, por corresponder a las “altas matemáticas de la historia”, requieren perspectivas más penetrantes y puntos de apoyo más firmes. Su repudio del determinismo, de la acción directa, su insatisfacción con las ideologías, con las fórmulas, le llevó a combatir el doctrinarismo como tal y a forjar su propia perspectiva racional-

vitalista. Desde ella interpreta el drama de la vida, tanto de la persona como de la sociedad.

La tarea de proveer los recursos e incentivos para alcanzar esas perspectivas por parte del hombre medio, constituye la primera de las tres tareas fundamentales de la Universidad. La segunda conlleva capacidad para el ejercicio competente de las profesiones. La tercera requiere aumentar el saber mediante la investigación.

Conviene precisar esa tarea primaria. Requiere entender las claves vivas aunque en muchos aspectos sublatentes de la época y del medio del papel que en ellas juega el carácter, la época, el medio, el destino y el azar. Parte de esa tarea tratamos de iniciarla en la Universidad de Puerto Rico mediante el programa de Estudios Generales, al intentar nuestra reforma de 1943. Según Ortega:

Cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee. Mejor: el sistema de ideas desde las cuales el tiempo vive. Porque no hay remedio ni evasión posible: el hombre vive siempre desde unas ideas determinadas que constituyen el suelo donde se apoya su existencia. Ésas que llamo «ideas vivas o de que se vive», ni más ni menos, el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones; cuáles son más estimables, cuáles son menos (IV, 556).

Véase ahora lo que un poco antes había dicho Ortega sobre la misión de la universidad:

A) La universidad consiste primero, y por lo tanto, en la enseñanza superior que debe recibir el hombre medio.

B) Hay que hacer del hombre medio, ante todo, un hombre culto —sitarlo a la altura de los tiempos—. Por tanto, la función primaria y central de la universidad es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales.

Éstas son:

1. Imagen física del mundo (Física).
2. Los temas fundamentales de la vida orgánica (Biología).
3. El proceso histórico de la especie humana (Historia).
4. La estructura y funcionamiento de la vida social (Sociología).
5. El plano del Universo (Filosofía).

C) Hay que hacer del hombre medio un buen profesional. Junto al aprendizaje de la cultura, la universidad le enseñará, por los procedimientos más sobrios, inmediatos y eficaces, a ser un buen médico, un buen juez, un buen profesor de matemáticas o de historia en un instituto. Pero lo específico de la enseñanza profesional no aparecerá claro mientras no discutamos el tema (IV, 550).

Yo haría de una Facultad de Cultura el núcleo de la universidad y de toda la enseñanza superior (IV, 559).

Los egresados de nuestras aulas saben cómo el pensamiento orteguista influyó decisivamente en el desarrollo de la reforma universitaria que me correspondió dirigir, luego de nombrármeme rector en septiembre de 1942. No fue, claro está, únicamente Ortega quien nos ayudó desde el exterior. Tuvimos también el apoyo del mejor pensamiento liberal de Estados Unidos, de Europa, de Hispanoamérica.

Nada de esto habría sido posible de no haber coincidido una serie de circunstancias externas a Puerto Rico y a la Universidad. La guerra civil española nos permitió incorporar a nuestro claustro escritores, profesores, intelectuales del máximo relieve. Así don Fernando de los Ríos inauguró los cursos de Humanidades en Río Piedras junto con otro querido español, don Sebastián González García. Francisco Ayala pasó a dirigir el programa de Estudios Generales en Ciencias Sociales. Manuel García Pelayo ahora presidente del Tribunal Constitucional de España y Enrique Tierno Galván, alcalde de Madrid, honraron nuestras cátedras de Ciencias Políticas. Más adelante trabajaron juntos en Estudios Hispánicos, don Federico de Onís y Juan Ramón Jiménez. Ya antes lo habían hecho Pedro Salinas y Jorge Guillén.

Tuvimos de igual modo la cooperación de distinguidos profesores hispanoamericanos para quienes, según decíamos un tanto en broma pero también en serio, cada vez que surgía una nueva dictadura al sur de Río Grande, abríamos nuevas cátedras en el recinto de Río Piedras. Así cuando hace dos años el Consejo Superior del Instituto de Cooperación Iberoamericana celebró una reunión en Lima, Perú, me correspondió ser invitado en noches sucesivas por dos antiguos profesores de la Universidad de Puerto Rico, el presidente de la República, Fernando Belaunde y el líder de la oposición, Aprista Luis Alberto Sánchez. Situaciones análogas con las modificaciones inherentes en cada caso podrían haber ocurrido en Venezuela, en Colombia o en Argentina. Tuvimos el beneficio de muchos de sus maestros mientras ellos sufrían sus peores dictaduras.

## II

Paso ahora a referirme a mi segundo Ortega, el Ortega de carne y hueso.

En junio de 1949 recibí desde Chicago, donde había escrito mi tesis graduada sobre el pensamiento social y político de Ortega, una invitación al segundo centenario del natalicio de Goethe. La suscribía mi antiguo amigo Robert Hutchins. Tendría lugar a mediados de junio en Aspen, Colorado. Ven-

drían escritores de todas partes, entre otros, Albert Schweitzer desde África y José Ortega y Gasset desde Madrid.

Nunca había visto a don José en persona. Entre los vivos sentía por él el máximo afecto y la más extensa deuda intelectual. Le guardaba la gratitud especial que sienten los discípulos por sus grandes maestros. Decidí encomendar a otros mis tareas del momento y salir de inmediato para Aspen. Me acompañó Emilio S. Belaval, destacado escritor puertorriqueño, miembro de nuestro Consejo Superior de Enseñanza y miembro más tarde de nuestro Tribunal Supremo.

El 12 de julio de 1949 “en Aspen, a 2.400 metros sobre el mar, bajo la doble inspiración del verde sonreír de estas colinas y la severidad de estos picos congelados” —la cita es de Ortega— un público cosmopolita de varios miles, bajo una capa de lona, fijaba la vista en tres hombres que ocupaban un cuadrilátero improvisado. Eran el apolíneo Hutchins, el socrático Ortega y, para nosotros en cuanto traductor, el enigmático Thornton Wilder.

Para Emilio y para mí fueron minutos de grave zozobra; no había en toda aquella muchedumbre más de diez personas de nuestra lengua. ¿Cómo resultaría el dramaturgo norteamericano como traductor?

Luego de una breve y honrosa presentación por Hutchins, Ortega rompió a hablar. Su voz segura cargada de sonoros matices españoles, produjo el milagro de mantener atento y en suspenso aquel auditorio. Recordé su referencia a Mirabeau.

Con precisión poética Thornton Wilder tradujo al inglés aquellos armónicos sonidos ibéricos. Fue la mejor de todas las ponencias. Luego al conocerse, evoqué las palabras de Dante a su maestro:

¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente  
que anchos ríos de dulce hablar derrama?,  
le pregunté con ruborosa frente.  
¡Oh de todos los vates honra y fama!  
Válgame el largo estudio y amoroso  
que hice en tu libro que mi mente inflama.

Ortega estuvo sumamente generoso y él, Emilio Belaval y yo, trabajamos inmediata amistad. Se nos incorporó a las deliberaciones universitarias que eran de rigor entre aquella concurrencia.

Al terminar las labores en Aspen, Ortega nos hizo el honor de acompañarnos por varios días en el Hotel Plaza en Nueva York. El Gobernador y su esposa Inés acababan de iniciar en Washington las diligencias que sentaron las bases para la creación del Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Ambos eran ávidos lectores de Ortega. Nos ofrecieron una comida íntima.

Ortega entraba en relación intelectual y emocional con un Puerto Rico desconocido, entonces y ahora. Nuestro primer ejecutivo, elegido gobernador por grandes mayorías y símbolo de un nuevo movimiento, Luis Muñoz Marín, se sabía de memoria a Rubén Darío, a Walt Whitman, a Julio Herrera Reissig; era amigo personal del presidente Truman y de toda la intelectualidad del Nuevo Trato.

Había respaldado la gestión en Washington de Fernando de los Ríos y presentaba como el mayor héroe contemporáneo al excepcional místico y evangelista político, al mártir hindú Mahatma Gandhi.

Por su parte, los mozos del Hotel Plaza que ya conocían a Muñoz servían sin preguntar los mejores vinos franceses para acompañar las especialidades de la casa. Ortega escuchaba entre afectuoso e incrédulo aquella figura titánica nuestra, versátil y original, que juntaba con la mayor naturalidad los afanes y gustos de Occidente con la admiración por aquella tan diferente contrafigura política, a quien nuestro compatriota y amigo Luis Palés llamaba en su poema *Menú*, el “comeyerbas teosofista”.

En el transcurso de la sobremesa, Ortega observo que la admiración personal por el Mahatma no nos permitía salvar la enorme distancia entre los difíciles problemas del mundo de Occidente, Puerto Rico inclusive, y los abrumadores problemas de la India. Muñoz por su parte respondió: “llegará el día en que sean los mismos”.

Ortega aceptó complacido la invitación a visitar la extraña isla del Caribe donde enseñaban tantos intelectuales compatriotas suyos, donde según razón de sus acompañantes, se desarrollaba una revolución pacífica de tono liberal y socialista. Me permití añadir que nuestra revolución no era muy distinta de la que don José mismo había propuesto para España en 1914, en su conferencia “Vieja y nueva política”.

Ortega me diputó su cicerone neoyorquino, con gran zozobra mía, porque aquella mente genial e inquisitiva no daba tregua y las preguntas más inesperadas se multiplican, seguidas de los comentarios o las contrarrélicas más penetrantes. Así un día, al notar que yo tramitaba llamadas telefónicas sin que la operadora del hotel viese dificultad alguna en captar mis números mientras Belaval tenía que repetir los suyos varias veces, Ortega observó que cada lengua tiene su música especial y yo contaba el inglés en su propio diapasón, mientras Emilio se aferraba al diapasón hispano. Fue la primera y única vez que persona alguna me ha tribuido sentido musical.

Antes de separarnos de Ortega y Gasset, dejamos concertado su próximo viaje a Puerto Rico, fijando plazo y tema. Fue posponiéndose por diversos motivos. La Fundación Ford también le apremiaba para que regresara en viaje más extenso a Estados Unidos. Interesaban nombrarle consultor general. Vino luego la reorganización administrativa de aquella fundación. Ortega no

contestaba cartas. La última proposición se hizo por intermedio mío. “Citaremos en Puerto Rico bajo los auspicios del Fondo para el Adelanto de la Educación, a los filósofos y pensadores de Europa y América que usted quiera congregar para discutir el tema del hombre”. Ortega contestó en principio entusiasmado, pero ya la muerte le rondaba.

Al enterarme de su gravedad, quise ir a Madrid. La Fundación Ford ofreció costear el viaje. Traté sin éxito de comunicarme telefónicamente con sus médicos. El día que iba a ser mi partida, llegó el cable de su muerte.

### III

Hablaré ahora sobre la mitología orteguiana en Puerto Rico. Al hacerlo paso por alto el recuerdo de las readaptaciones de su pensamiento y de su estilo en el desarrollo de nuestro programa universitario de Estudios Generales. Me limito a los relatos incluidos en libros recién publicados de dos de nuestros profesores más queridos y valiosos, ambos al presente miembros de la Real Academia Española: *Recuerdos y olvidos* de Francisco Ayala y Ortega —*Las trayectorias* de Julián Marías.

En el segundo tomo de su libro *Recuerdos y olvidos*, al relatar parte de sus actividades y aventuras en Puerto Rico, nos dice Ayala bajo el subtítulo de una broma pesada:

De pasada dije antes que, en Puerto Rico como en todas partes, terminada hacía ya un decenio largo la guerra civil española, subsistía aún el inconciliable encono entre los partidarios de uno y otro bando. En pro de la causa republicana había trabajado allí con entusiasmo un hombre meritorio, el doctor Lavandero personaje de gran prestigio profesional y social en la Isla; y este doctor Lavandero, frente a la devoción que Jaime Benítez sentía y expresaba de continuo por Ortega y Gasset, censuraba en cambio con acritud, la actitud prescindente y neutral asumida por el filósofo que si por azar conseguía el rector que Ortega fuese a la Universidad de Puerto Rico, él, Lavandero, no pensaba saludarle, o incluso le cantarían unas cuantas verdades.

Pues bien, una noche, tarde ya, a eso de la una y media o las dos, suena el teléfono del doctor, y es una voz que, con marcadísimo acento «español», le conmina: «Lavandero, le habla José Ortega y Gasset. Estoy aquí, en el aeropuerto, y tengo que aguardar casi tres horas para enlazar con el avión que debe llevarme a Venezuela. Me va usted a hacer el favor de convocar a nuestros amigos, pues quisiera estrechar la mano de todos y charlar un rato con ustedes. Sobre todo, venga usted mismo». El doctor Lavandero, muy excitado, se apresuró a llamar a Benítez, a Salvador Rió, Nilita Vientós, a Colorado, a Gustavo Agrait, a quién no; y todos fueron concurriendo al aeropuerto, donde Lavandero, muy desconcertado, no podía dar razón del ilustre viajero [...]

Benítez me diría a mí más tarde que no se había atrevido a sacarme de la cama, aunque estuvo tentado, por no tener bastante confianza conmigo, todavía.

La broma no hubiera sido tan sabrosa de no haberse sabido por último quién fue su autor. Lo había sido Buitrago, personaje de humor extraño, que quiso hacer recantar, o tragarse sus baladronadas, o —como finalmente decimos por acá— cagarse en su petaca al amigo Lavandero. Buitrago era aficionado a inferir ese tipo de humillación maligna. Fingiéndose el P. Varona, energúmeno español que perseguía con insultos a sus compatriotas republicanos, consiguió, también en horas de la madrugada que Antonio Colorado, ateo comecuras, rezara con él una supuesta devoción nueva: la Oración Telefónica de Amanecer.

Doy fe de la primera parte de esta broma que a fin de cuentas puso de relieve el poder de convocatoria de don José.

Para mí tuvo la buena consecuencia de facilitar una reconciliación afectuosa entre el doctor Lavandero y yo, de quien por razones que he olvidado, me encontraba entonces distanciado. Como Paco Ayala comprende y en ocasiones practica el dictamen de Ortega de que todo hablar es exagerar, procede con excesiva generosidad a atribuirme ejecutorias superiores a mis esfuerzos.

La devoción de Jaime Benítez por Ortega y Gasset no era, como la Oración Telefónica del Amanecer, ninguna broma. Jaime había leído todas las obras de nuestro filósofo y mucho de cuanto, por incitación suya, se había publicado, traducido, en España; y como sus entusiasmos son siempre muy ejecutivos, se había puesto en contacto con él, lo había hecho convidar a unos coloquios en Estados Unidos, lo acompañó allí, lo escuchó, el hizo todo lo que pudo para que la semilla benéfica de su pensamiento fecundara la Isla, invitando luego a la Universidad personas afectas a la figura del maestro: baste mencionar, por ejemplo, los nombres de Julián Marías y de Antonio Rodríguez Huéscar, entre varios otros.

En su excelente libro sobre la vida y la obra del maestro, Ortega. Las trayectorias, llega un momento en que su ejemplar discípulo Julián Marías tiene que encararse con un hecho particularmente difícil para él: la manera un tanto desdeñosa de cómo en *La rebelión de las masas*, Ortega minimiza el papel de Estados Unidos frente a Europa. Cito de las páginas 88 y 89:

Este gran país, parte esencial de América, brilla por su ausencia en la máxima parte de la vida de Ortega. Actúa sólo, durante muchos años, como una masa gravitatoria con la cual hay que contar, que perturba los fenómenos ajenos, pero que no se manifiesta. El «Descubrimiento de América» por Ortega, que estoy tratando de comprender, incluye entre sus ingredientes el encubrimiento de los Estados Unidos hasta muy cerca del final de su vida.

La experiencia norteamericana de Ortega fue mínima, y estuvo afectada por dos elementos negativos: uno, la impresión de algunos individuos fuera de su país, que es siempre desorientadora; el otro, el haber fundado sus opiniones en libros europeos, sobre todo alemanes.

Esto cambia en 1949, Ortega va por primera vez a ese país, para hablar de Goethe en aspen, Colorado, con ocasión del centenario. Están allí Albert Schweitzer, Ernest Robert Curtius, Thornton Wilder; éste traduce, secuencia tras secuencia, la segunda conferencia de Ortega, que todos tuvieron la impresión de ir entendiendo a medida que la pronunciaba, sin saber español: de tal manera hablaba. Ortega obliga a su traductor —Wilder me lo contó en Yale, años después— a poner en inglés un párrafo inicial de elogio del propio Wilder. Entre los americanos está también Robert Hutchins, entonces canciller de la Universidad de Chicago, reformador de la enseñanza americana; y Paepke, un financiero inclinado al mecenazgo; y Mortimer Adler. Estaba, sobre todo, para ayudarlo en su interpretación y mostrarle luego, durante un par de meses, Nueva York y Washington, el rector de la Universidad de Puerto Rico, Jaime Benítez, nutrido de Ortega hasta un grado inverosímil, que se sabía sus obras prácticamente de memoria y que había llevado a la realidad de su Universidad la sustancia del breve libro de Ortega *Misión de la universidad*. Ortega encontró un entusiasmo, una comprensión a que no estaba acostumbrado —de los que, ciertamente, no había hallado ni indicios en su largo tiempo de exilio europeo durante la guerra civil española, sobretodo en París—. Acabábamos de fundar en Madrid el Instituto de Humanidades, del que hablaré en su momento. Lo que Ortega explicó produjo tal deslumbramiento en Aspen, que desde allí nació la ilustración fundada en los mismos principios. Ortega lo hizo, y el Aspen Institute for Humanistic Studies tiene una actividad floreciente, dilatada por varios países.

Julián Marías me atribuye bondadosamente, al igual que lo hace Francisco Ayala, mucha mayor influencia de lo que tuve en esa postrer e inconclusa etapa en la vida del gran maestro, el momento cuando empieza a conocerse de primera mano en Estados Unidos. Años más tarde, sus hijos José y su hija Soledad, su hijo José Varela Ortega y sus hermanas, han tenido ocasión de compulsar tanto en la zona metropolitana como en la cosa y en la montaña la huella perdurable en puerto Rico de José Ortega y Gasset. Su nombre está imborrablemente unido a la reforma académica iniciada en el recinto de Río Piedras, en los años que Ethel Ríos se empeña en designar como: la Edad de Oro de la Universidad. En todo caso, buena parte de ese oro proviene de la rica mina orteguiana.

*Recopilación de discursos*  
Universidad Interamericana de Puerto Rico, 2002